

su artillería rompió un fuego sostenido y porfiado y como éste era muy superior en número y dirección á la de los insurgentes muy pronto éstos se desbandaron.

Entonces Bonaparte fué á atacar á metrallazos á los que estaban en Saint-Roch, haciendo allí muchas víctimas, pero no es menos cierto que cuando les vió á todos correr les persiguió á cañonazos sin bala. Los insurgentes habían dejado en las calles 200 cadáveres. Al anoecer Brune atacó á los que se habían hecho fuertes en el teatro de la República, hoy teatro Francés.

La represión fué muy benigna. Aun cuando se hicieron muchas amenazas, sólo se pasó por las armas á dos de los jefes, á un emigrado, y al presidente del tribunal criminal de la Sena. El general Menou, á quien hubo de destituir la Convención del mando de sus tropas por sus manifiestas complacencias con los insurgentes, fué absuelto.

Otra ejecución tuvo lugar poco después, la del abate Lemaitre agente del partido realista y á quien se sorprendieron muchos papeles de los que resultaban comprometidos varios diputados. Tallien era uno de ellos y para salvarse, no titubeó como con lo de Quiberon en acusar á sus más íntimos amigos. En sesión secreta denunció á Lanjuinais, Boissy d'Anglas, Lariviere y Lesage, pero como Tallien no daba pruebas concluyentes, la acusación no surtió efecto, y Tallien podía contar con la impunidad, porque Sieyes, con quien se había reconciliado lo mismo que con Barras, había sustraído los papeles que él había traído de Holanda y que tanto le comprometían. Pero en los papeles del abate Lemaitre se encontraron pruebas suficientes para procesar á Saladin y Rovere que fueron de los que estuvieron al frente de las secciones. Louvet sostuvo la acusación. Como se ve los girondinos continuaban como siempre yendo cada uno por su lado.

Apenas los ánimos se calmaron, cuando el resultado de las elecciones que habían tenido lugar el 20 de vendimiario, dieron lugar á los más lúgubres pronósticos. Entonces comprendieron los republicanos lo que cuesta perseguir á un partido político adicto á las instituciones. Francia creyó que al perseguir á los jacobinos se perseguía á la república y se declaró por la reacción y aunque es innegable que en muchos puntos las elecciones se hicieron bajo la presión de los puñales de las Compañía de Jesús y del Sol, esto no quita de que el resultado de las elecciones no fuera legal y francamente reaccionario, pues salieron elegidos muchos realistas y hasta muchos emigrados.

Este resultado exasperó á los republicanos y se pedía un golpe de Estado por el que se anularan las elecciones, pero otros más escrupulosos ó menos desconfiados como Daunon, combatieron todo propósito ilegal, pues todos hubieran querido encontrar un expediente que pusiera á la república á cubierto de la reacción.

A este fin, el 22 de Octubre, Barras hizo rodear la Convención por la artillería, y un regimiento de caballería estaba acampado dentro de las Tullerías. El auditorio numeroso como siempre, estaba compuesto de ardientes republicanos dispuestos á apoyar con sus aplausos á los montañeses, todo, pues, daba seguridades para un golpe de Estado disfrazado que es lo que se iba á intentar.

Barras subió á la tribuna y denunció en apasionado discurso los manejos del general Menou y del extranjero, pero la conclusión fué la de que «si se dejaban las riendas de la revolución en manos sospechosas, nadie podía estar seguro del porvenir.» Garnier fué más claro todavía:—«Si no se aprovechan los cuatro días que aún faltan, la salud de la patria quedará comprometida.» En efecto, dentro de cuatro días debía desaparecer la Convención.

Preparado así el terreno, subió á la tribuna Tallien para declarar que dentro cuatro días los bancos de los representantes de la nación estarían ocupados por los valistas condenados por los Consejos de guerra.—Saladin era uno de ellos y había sido elegido por París,—y que antes de tres meses, legalmente, se habría verificado la contrarrevolución. Por todo lo cual proponía que se nombrara una comisión para que informase sobre lo que debía hacerse. La Convención amilanada votó, y Tallien y otros cuatro ardientes montañeses fueron nombrados. Inmediatamente Aubry y Lomont, diputados realistas, fueron presos y Menou tuvo que comparecer delante de un Consejo de guerra.

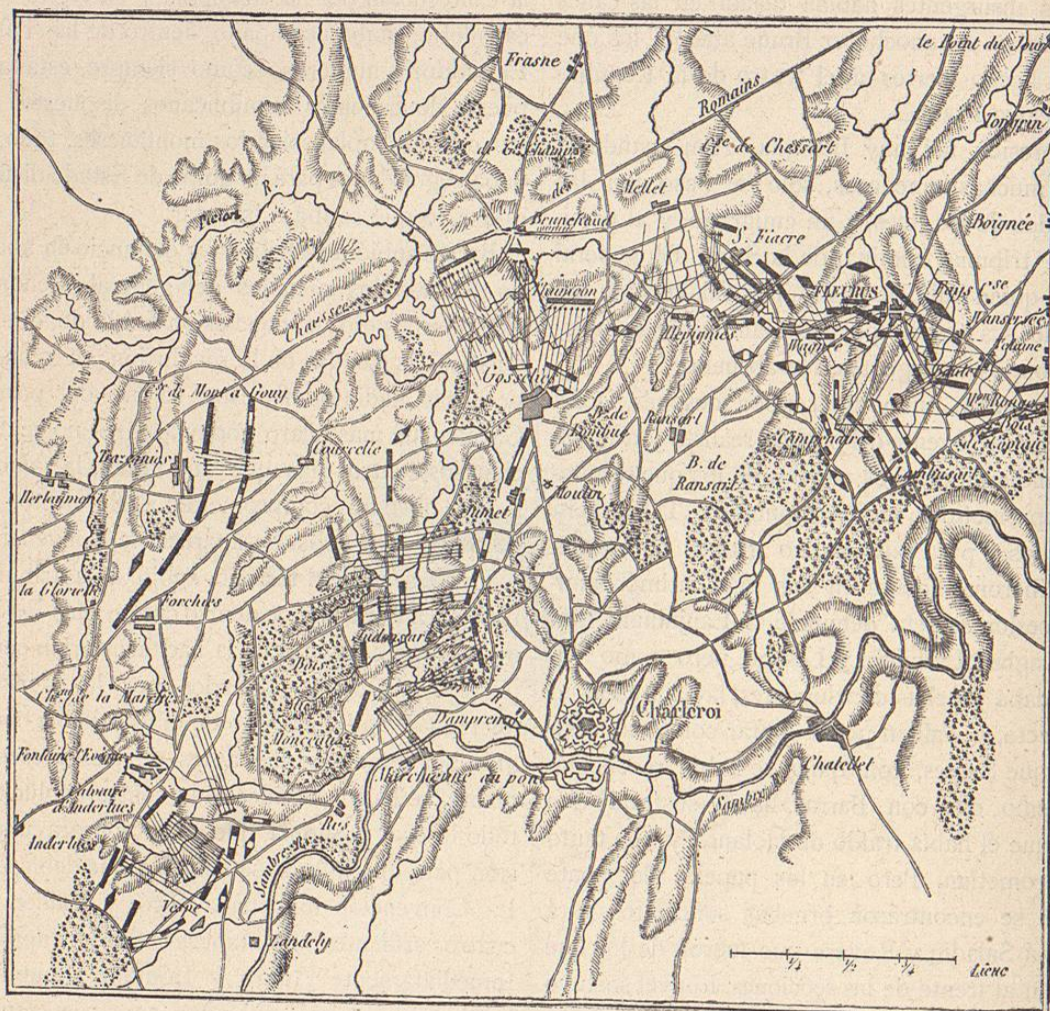
Imposible parece que Tallien fiara todavía en otra cosa que en sus sorpresas. Su versatil carácter que le llevaba de un lado á otro, le había hecho repugnante para todo el mundo, y para todo el mundo no era más que un instrumento. Todo lo que, pues, no se consiguiera por sorpresa, era poco menos que imposible, que pasara apoyándole él. Así al día siguiente la Convención se sentía ya reaccionada, y cuando Thibaudeau se levantó á protestar de toda inmixtion de la Convención en las elecciones pasadas, una verdadera mayoría se formó á su alrededor. Pero Thibaudeau atacó rudemente á Tallien y aún cuando lo que de él dijo, le anuló políticamente para siempre, no estaba aún tan des-



prestigiado Tallien en la Convención, ó lo que es más exacto, lo que defendía interesaba á tantos, que le dió fuerzas para que el día siguiente, el penúltimo de la vida de la Convención, pudiera Tallien hacer pasar una proposición por la cual se decretó que: 1.º quien quiera que fuera que hubiesen en las Asambleas electorales, cooperado á reso-

luciones sediciosas quedaría excluido de las funciones públicas hasta la paz; 2.º que los parientes de los emigrados incurrieran en igual exclusión y 3.º que las leyes contra los sacerdotes sujetos á la deportación ó á la reclusión, se ejecutarían en toda la extensión de la república.

El golpe de Estado se había dado, y el honrado



Plano de la batalla de Fleurus

E. Martín hubo de decirlo y no ocultarlo. Por mucho que nos interese la revolución, la verdad no debe ocultarse. Veamos, pues, si es cierto, que la proposición Tallien equivalía á un golpe de Estado.

La Convención puso fin á sus sesiones el 26 de Octubre,—4 brumario,—con una amnistía para los delitos políticos cometidos desde 1791, pero de ella se excluyeron los autores de las bullangas de Vendimiario.

El 27 de Octubre se reunieron los 379 diputados reelegidos, junto con los diputados de las colonias

para elegir á 104 miembros que aún faltaban. En la lista dispuesta por el Comité de Salvación Pública se hacían algunas concesiones á los moderados, pero también se dejaban puestos para varios montañeses de los más exaltados, y como aún no habían llegado más de cien diputados del nuevo tercio á París, había que aprovechar la ocasión para hacer pasar dicha lista y luego para repartir los miembros entre los dos consejos, así resultó que la elección del Directorio se hizo por los antiguos convencionalistas porque en aquel momento dominaban incontestablemente.

Para el Directorio resultaron elegidos Sieyes, Rewbell, Barras, La Reveilliere-Lepeaux y Letourneur, pero habiendo renunciado Sieyes, Carnot le reemplazó. Este resultado, como se comprende, se obtuvo, en parte, por el decreto de Tallien que alejó de la Asamblea á los emigrados y curas elegidos, y luego, por haber quedado ciento y tantas elecciones desiertas, debido á la falta de tacto de la oposición, pues Lanjuinais, por ejemplo, fué elegido en 73 de-

partamentos, Boisy en 72, Pelet en 71, Ponteculant en 33, Thibaudeau en 32, etc.; y aunque en muchos se pudo pasar á segundas elecciones, no se pudieron proveer todos los puestos que aprovecharon los convencionalistas para hacer pasar su Directorio contra el que apoyaba el Consejo de los Ancianos que era el que nombraba, pues el de los Quinientos sólo proponía, y cuya candidatura la formaban Lanjuinais, Boissy d'Anglas, Thibaudeau y Cambaceres.



Batalla de Fleurus

Además los convencionalistas eran dueños de la fuerza armada que hasta el último momento obedeció á Barras, y la fama de riguroso que se había ganado su segundo Bonaparte completamente identificado con Barras y Tallien era tan grande que nadie se hubiera atrevido á moverse sin permiso del joven general.

Hé aquí el estado en que la Convención dejó á Francia según Sybel:

«La bancarrota del Estado estaba poco menos que declarada, pues la masa de asignados se elevaba á veintisiete mil millones, y ese papel ya no valía más que un medio por ciento, es decir, que veinte francos equivalían á 4.200 francos en papel. En todos los ramos de la administración reinaba un des-

orden absoluto; de un lado los comisarios de la Convención habían quitado toda libertad de acción á las antiguas autoridades; del otro las nuevas autoridades sólo comenzaban á organizarse, y era imposible preveer cuando podría funcionar de una manera regular el nuevo mecanismo. Respecto de la agricultura, había producido, el verano precedente, resultados considerables... Pues era evidente que el bienestar material de los campesinos no podía consolidarse hasta tanto que se les asegurase la posesión de los bienes nacionales, y que la agitación no se calmara en los campos, mientras las querellas religiosas no se apaciguaran, dos cosas que la nueva efervescencia revolucionaria rechazaba, como hemos visto, para un remoto porvenir. La industria